

## EL MOTÍN

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. — Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Número suelto, 10 céntimos. — Atascado, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

### SELLOS CON LOS RETRATOS

DE

ORENSE, FIGUERAS,  
RUIZ ZORRILLA Y CASTELLAR

Están admirablemente grabados por el renombrado artista don Bartolomé Maura.

Precio de cada sello 25 céntimos.

Se ponen á la venta para fines de propaganda.

Los pedidos á la administración de El Motín.

## DENUNCIA

El número anterior de El Motín fué denunciado y recogido.

Todavía no sé por qué. Probablemente sería por hablar algo de los jesuitas, que son quienes hoy inspiran los actos de nuestros gobernantes.

Ni me quejo ni protesto siquiera. Desde que se suspendieron las garantías, *adiviné* que El Morín formaría en primera fila para eso de las denuncias. Aun cuando la cosa tenía poco que adivinar. ¡Debe ser tan agradable recibir felicitaciones en las sacristías por perseguir y vejar á los periódicos impíos!... Respetemos las debilidades de los pequeños.

Los que hayan leído el número, pueden decir si había en él ni una coma siquiera denunciante. Inutilicé una porción de originales ya compuestos, no por evitar que lo recogiesen, *pues esto era inevitable*, sino para dejar al descubierto el propósito del gobierno, de acabar con la prensa que le estorba, en cuyo número tiene el honor de contarse El Morín.

Si hubiera medios de lucha, ó todo se redujese á sufrir pérdidas ó contrariedades, El Morín reanudaría la campaña, que aún se recuerda por lo enérgica y constante, que emprendió contra los conservadores el 84 y 85, pues ni sus alientos han decaído, ni tiene otra idea de la que entonces tenía acerca del deber de la prensa.

¿Pero quién lucha sabiendo que basta la voluntad del que manda para suprimir el periódico, sin sujetarse á más ley que su capricho, ni tomarse siquiera la molestia de fundamentar su decisión?

Y como sería completamente estúpido escribir un periódico para que el gobernador civil y el fiscal lo leyesen, lo deaunciaran, lo multasen, lo recogieran, y por último lo suspendiesen, he acordado, contando de antemano con el indulgente beneplácito de mis lectores, hacer mientras dure la suspensión de garantías números completamente inofensivos, sin atacar nada de lo que nuestra Santa Madre la Iglesia nos enseña, ni censurar los actos irregulares de sus santos ministros, ni las torpezas del gobierno, ni las inmundicias de los que á su sombra viven, ni nada, en fin, que pueda alterar un solo nervio de nuestros agregios gobernantes, ya que, tomando pretexto de las vocinglerías de los horteras, se ha dignado suspender las garantías constitucionales, con el exclusivo propósito de reventar á la prensa, obligada cabeza de turco en todos los conflictos.

¿Serán, por esto, menos interesantes los números? Sin vana jactancia, aseguro de antemano que valdrán mucho más, como lo irá viendo el amable y curioso lector.

Y así respiraremos durante algún tiempo un aire más puro que el que llega habitualmente á nosotros envenenados con los miasmas de la inmoralidad, la injusticia, y el fanatismo...

Los que carean cloacas necesitan de vez en cuando oxigenarse para no perecer por asfixia.

Gracias, regenerador gobierno, por tu higiénica medida.

## COMPENSACIÓN

Pero en cambio de la contrariedad antes apuntada, cuántas satisfacciones, á más de las que estoy ya gozando, me reserva el porvenir! ¡De qué manera tan formidable gozo, al ver á El Liberal, el Herald, La Correspondencia y hasta El Imparcial, retorcerse frenéticos ante los latigazos que el gobierno les da!

Cuando los repartía entre El País, Las Dominicales, el Progreso, Don Quijote, El

Motín y algún otro colega, gracias si alguno de esos se dignaba dar la noticia. El que le ponía este lacónico y frío comentario: *Lo sentimos*, creía haber llegado al límite del compañerismo, y hasta del altruismo.

¡Pero ahora! Reuniones de la Asociación de la Prensa para acordar lo que ha de hacerse, visitas á Silvela, quejas, lamentaciones, amén de calificar de secuestros las recogidas de los periódicos...

¡Oh, apreciables y quejumbrosos compañeros! ¿Conque no os habíais enterado hasta ahora de que todo eso ocurría? ¡Oh fieles y constantes amparadores del derecho! ¿Conque ignorabais, hasta que han atacado el vuestro, que el de los demás periódicos era atropellado?

Si hubiérais siempre amparado el derecho de todos, y protestado contra la injusticia, sin fijaros en si era éste ó aquél periódico la víctima, si los gobiernos y la opinión os hubieran visto constantemente tronando contra el atropello, poniendo valerosa y honradamente de parte de los perseguidos, ni los gobiernos se atreverían á lo que hoy se atreven, ni la opinión tomaría á risa vuestro risible clamoreo.

Ni más ni menos que yo lo tomo, sin dejar de apenarme esta idea:

La prensa de gran circulación, como los horteras, sólo pone el grito en el cielo cuando le tocan al bolsillo.

Porque es una idea que hace formar otra muy triste de ese poder del Estado.

## AL SON QUE TOCAN

No recuerdo los versos, pero sí la idea de un cuentecillo que pone Ruiz de Alarcón (quizás tampoco fuera él) en una de sus comedias.

Llegó un hombre cuerdo á un lugar donde todos eran locos. Re-istió lo que pudo el contagio, pero, siéndole imposible vivir, acabó por declararse loco.

Y esto es lo que me ocurre en estos instantes, si bien en sentido inverso.

Cuando Sagasta, caballero digno, como el tío Pando

de morir pateando en la plaza é Trebujena,

sometió la prensa á la censura de los capitanes generales, yo, al ver que se tachaban hasta los juicios severos que emitía sobre Carlos *Chapa*, creí que mi dignidad de periodista me ordenaba no tolerarlo, y suspendí la publicación de El Morín. Salvo tres ó cuatro periódicos importantes que elogiaron mi actitud, todos continuaron publicándose, (y los que me habían elogiado, por supuesto).

¿Quiénes fueron en aquella ocasión los cuerdos? Ellos. O, por lo menos, como eran los más, por tales pasaron. Y siendo así, yo resulté loco de remate, ó tanto, que es mucho peor. Me privé durante siete meses de comuniarme con mis queridos lectores, y al final, todos quedamos iguales en la opinión pública, indolente cuanto respetable ramera.

Ahora se ha planteado la misma cuestión, y como genio y figura hasta la sepultura, lo primero que se me ocurrió fué hacer lo mismo que la vez pasada; suspender la publicación de El Morín. Mas pensándolo mejor, decidí, como aquel del cuento volverse loco, sentar plaza de cuerdo.

La dignidad me ordenaba otra cosa, indudablemente. Pero ¿quién hace en estos tiempos caso de esa apreciable señora, á quien tan pocos conocen?

Pasaré de largo á su lado esta vez, me confundiré con los cuerdos, y seguiré publicando El Morín. ¿Que no puedo hablar de muchas cosas? Pues no hablo. Ya me desquitaré luego.

Y de esta manera, no dando el más leve pretexto para que lo denuncien, ni lo recojan, quedará patentizado lo siguiente: que se toma pie de la suspensión de garantías para satisfacer odios y venganzas de los clericales.

Y si á pesar de hacer esto, lo denuncian, lo recojen, lo multan ó lo suprimen, quedará patentizado esto otro:

Que cuando los pueblos pierden la vergüenza, nada más lógico y más justo que los gobiernos pierdan el pudor.

## UN PLAZO

Sr. D. Pascual Cucarella.  
Carcagente.

Mi querido amigo: Ofrecí á usted en el número anterior publicar en éste la *Carta abierta* que me envié con fecha 16 del actual atacando rudamente á los señores Pi, Salmerón, Esquerdo, Azcárate, Labra, Muro, Sol, etc., y señalándole la vuelta á sus hogares como necesaria á su tranquilidad y al bien de la causa que defendemos. Pero como no solamente los sabios mudan de consejo, al leerla hoy he variado de opinión.

¿Acaso por parecerme demasiado dura? Ni por pienso; quizás, quizás me pareciera demasiado blanda. A los 25 años de su-

frir, y de esperar, y de indignarse, no hay lenguaje que pueda tacharse de duro. No, no es por eso. Es por juzgar que no ha llegado el momento oportuno de hacer tabla rasa de todos esos señores, y de algunos más.

Acaban de pactar algunos de ellos una unión (la diezmillonésima) que va á salvarnos, según dicen; están todos animados de inmejorables deseos; hasta creo que se sienten por dentro patriotas; hasta sospecho que se suponen dispuestos á hacer los mayores sacrificios. Y en tal estado ¿cómo tirarles hoy al degüello matando en flor sus bellas ilusiones, y dándoles pretexto para que descarguen sobre usted, sobre mí y sobre cuantos piensan como nosotros (la mayoría) el fardo abrumador de sus torpezas, acusándonos luego de haber dificultado ó impedido su acción, precisamente ahora que empezaban al cuarto de siglo á adivinar sus excelentes condiciones para hacernos felices?

No, no en mis días; tengo ya bastantes montañas de remordimientos sobre mi conciencia, para echarle encima ahora esos Pirineos, esos Alpes, esos Himalayas.

Y no vaya usted á creer que yo vinculo exclusivamente en los de arriba la causa de nuestros males; no; igual cantidad de culpa nos alcanza á los de enmedio; y tampoco están libres de ella los de abajo; (y hago estas clasificaciones con arreglo á la capacidad intelectual). Hay que decir con el baturro: «El mar tiene agua; ¡pero mire usted que el Ebro!...»

Supone esto que digo rectificación en mi línea de conducta? En modo alguno. Para esto se necesitaría que ellos hubieran rectificado la suya por completo, y esto no ha ocurrido, ni ¡ay!, con pena lo declaro, ocurrirá probablemente. Lo único que esto indica, es que me reservo para el momento oportuno, ya que no hemos hecho á tiempo lo que debíamos. Y ese momento oportuno, para mí, llegará en todo el mes de Octubre. Entonces, como ya he anunciado, procuraré derribar todo ese Escorial que se llama partido republicano, para que apartemos sus materiales en buen uso, y construyamos un edificio á la moderna. Los grandes monumentos arquitectónicos no pueden apuntalarse cuando amenazan ruina; su propia fuerza los echa por el suelo. Y esto nos ha pasado á los republicanos; á cada nuevo puntal, cuarteamiento nuevo.

Y explicado esto, y ofreciéndole á usted que comenzaré la campaña en Octubre con su *Carta abierta*, (la que por el correo de hoy le remito impresa), únicamente me resta decirle, que me alegraría mucho, muchísimo, como á usted y á todos los republicanos les ocurriría, de que la campaña, en vez de censuras, fuera campaña de aplausos, de felicitaciones, por haber los citados señores borrado con actos su vida política pasada y desmentido á los que venimos sosteniendo, que ni valen para lo que se les necesita, ni pueden, ni quieren.

Hasta Octubre, pues, querido amigo, en que desearé ver á mi lado todos los buenos, mejor para construir, que para derribar. Suyo

JOSÉ NAKENS

## ELLOS Y NOSOTROS

Leo en un periódico que Nocedal está casado con una mujer hermosa y millonaria, á la que adora; que ha defendido pleitos lucrativos y dirigido negocios redondos y riquísimos testamentarios; que pleiteó para alcanzar una herencia de doce millones que ahora alegremente disfruta; que se divierte, gasta, triunfa, tiene lujo y se da muy buen trato; que, á pesar de los consejos del Apostol, anda á partir un piñón con liberales y masones y trata y contrata con impíos cuando le conviene; que gusta de los toros y del teatro y se parece por unos buenos ojos y un buen palmito como cualquier hijo de vecino. Leo todo esto y felicito á Nocedal.

Le felicito, pero, antiéndase bien, no le aplaudo. Lo que Nocedal hace me parece perfectamente. Lo que Nocedal dice, en boca de otro, podría pasar. Lo que no puede pasar, por más que pase, es que, haciendo lo uno, diga lo otro. Se puede ser un *bon vivant*, alegre, chancero, expansivo, dado á los placeres, idólatra de la belleza, amigo de pasarlo bien y hasta si se quiere algo flamenco. Se puede hablar como un Isaías y maldecir las abominaciones del siglo en nombre de las austeridades de una religión de dolor. Pero es moralmente necesario que el que así obra y el que así habla sean dos personas distintas. En una sola no está bien.

Llegado, por mi mal, á la ingrata edad de consejero, á nadie le aconsejaría el sacrificio. Van ustedes á saber por qué. Hará cosa de dos meses que evocamos, á título de aniversario, la memoria de muchos mártires; los mártires del dos de Mayo, los mártires del Callao, los mártires de la defensa de Bilbao en la última guerra carlista y los mártires de Cavite. Si las víctimas de 1808 hubiesen previsto á 1900, si los combatientes del Callao hubieran pronosticado lo de Santiago de Cuba, si los héroes bilbaínos hubiesen presentado á Polavieja, si los inmolados en Cavite hubieran tenido la visión anticipada del tratado de París, ¡hay quien crea que se habrían voluntariamente prestado al sacrificio! Como éstos todos.

¿Qué habrían dicho los mártires cristianos, trasladados á la Roma del León X ó de Alejandro VII? ¿Qué pensarían en presencia de Sagasta todos cuantos en España dieron su

sangre por la libertad? ¿Qué asombro no sería el de los antiguos carlistas, los auténticos, los sinceros, que creyeron morir por la causa de la fe, viendo ahora al Vicario de Cristo en tratos con el liberalismo? El martir siembras el listo recoge. Los mayores enemigos del martirio no son el descreimiento, ni la indiferencia, ni la pusilanimidad, ni el egoísmo, ni la cobardía. La enemiga mayor del martirio es la experiencia.

¿Que esta doctrina peca de excéptica y aún un poquillo de inmoral? No teman ustedes que su propagación cause estragos. Una de las más absurdas de entre las humanas preocupaciones, consiste en atribuir á la teoría una influencia decisiva sobre la conducta, como si fuese el hombre un silogismo ambulante y no un sér de carne y hueso, sujeto á la acción de complejissimas influencias. Sin salir de la cuestión que nos ocupa, reaccionarios y radicales, tradicionalistas y progresistas, hombres del pasado y hombres del futuro, damos por igual testimonio fehaciente de esa singular inconsciencia que lleva las ideas por un lado y por el contrario los hechos.

Oíd á los apóstoles de la tradición. La vida presente es una prueba: el mundo es un valle de lágrimas. El dolor es don santo de Dios: el placer tentación del enemigo. Con austeridades, con mortificaciones, con penitencias, flagelando el cuerpo, rehusándole todo goce y todo regalo, es como el alma desahogada puede esperar la dicha de la eterna bienaventuranza. Sólo sacrificando la felicidad terrena se alcanza la celeste. Amar á los demás como á sí mismo, humillarse, inmolarse, renunciar al mundo y á sus vanas pompas y grandezas, son los deberes del cristiano.

Vedlos. Ellos dominan, gozan, triunfan. Son prelados, con enormes temporalidades. Son cañonigos, de vida tranquila y redonda panza. Son jesuitas, amigos de los poderosos, ávidos y astutos acaparadores de herencias. Son frailes, rollizos y plácidos. Son curas trabucaires, esperando la tercera guerra. Son damas opulentas, que saben unir en dulce consorcio la devoción y la galantería. Son gobernantes regeneradores. Son orondos personajes, senadores vitalicios acaso, que tiran de la oreja á Jorge en el Casino y tienen la esposa en casa y la *amiga* fuera. Son aventureros que hicieron del tálamo escabel de engrandecimiento. Son cueneros que toman por patente de corso el acta de diputado. Son usureros que desuelan al necesitado y no pierden una misa. Son tráfugas que mudan de partido como de corbata. Son banqueros, agiotistas, grandes propietarios, ricos poseedores de rentas, que viven en este mundo como el pez en el agua y se nutren y engordan con los detritus infectos de una sociedad en plena descomposición.

Pues oíd ahora nuestras doctrinas protervas y epicúreas. La vida presente es la única á que, por sernos conocida, debemos atender. El fin del hombre es la felicidad. La existencia es una lucha de todos contra todos. Cada uno ha de mirar en primer término por sí mismo y por los suyos. Es ley natural la que nos ordena buscar el placer y evitar el dolor. Es deber del hombre satisfacer, dentro del orden, las necesidades y los instintos naturales. Oada cual debe luchar con todas sus fuerzas en defensa de su bien y su derecho. Sólo en contados casos y en servicio de grandes causas es legítimo el sacrificio. Aceptar valerosamente la vida, tomar posesión de la tierra y dominarla, gozar los dones que la naturaleza nos ofrece y arrancarla mayores bienes: tal es en el mundo la misión del hombre.

Eso decimos; mirad luego lo que hacemos. Somos, por regla general, pobres de solemnidad. Llevamos más de veinticinco años en el ostracismo por los bellos ojos de nuestra ideal Dulceina. En la aldea somos la víctima natural del canique. En la ciudad solemos ser periodistas amagados siempre por la cadena del presidio. Muchos de entre nosotros perdieron en la política salud ó fortuna. Si hacemos oposiciones, nos quitan la cátedra; si nos presentamos candidatos, nos birlan el acta. Nosotros pagamos los impuestos de que se eximen los ocultadores y recibimos los palos que la autoridad paternalmente distribuye. Para nosotros no tiene el Banco acciones, ni la Administración destinos, ni el encasillado casillas, ni niñas casaderas el magnate, ni el pueblo popularidad. Nuestra triste vida se despeña así, de infortunio en infortunio, agriada por la pobreza, amenazada por la persecución, amargada por los acbaires de una protesta y de una crítica sempiternas, en lucha afanosa é incansante con el medio social, hostil é ingrato, todo por el empeño, probablemente vano y quimérico, de regenerar á un país que no quiere dejarse regenerar y que no nos perdonará nunca la manía de regenerarlo.

Eso dicen y esto decimos: eso son y esto somos. ¡Puede darse contraste más extraño! Nosotros cantamos las delicias de la vida: ellos las gozan. Ellos cantan las grandezas del martirio, y nosotros le practicamos. ¡No se diría que ellos inspiran su conducta en nuestras teorías y nosotros la nuestra en las suyas? Inconsecuencia palpable de unos y otros, que prueba hasta la evidencia cuán lejos están las doctrinas de determinar las acciones.

¡Diremos de ellos que son hipócritas, fariseos, sepulcros blanqueados! ¡Bah! Ellos dirán de nosotros, allá para su capote, que

somos simples, mentecatos y majaderos, y en alta y sonora voz que somos la carcoma del mundo, el microbio de la sociedad, la tisis galopante de la patria, el virus que hay que combatir, el cáncer que hay que extirpar, el enemigo que hay que vencer, el demonio que hay que conjurar.

Y así, ellos comiendo y nosotros ayunando, ellos gozando y nosotros sufriendo, iremos pasando todos esta vida perecedera, ellos con la certeza de encontrar tras de la tumba la gloria eterna, nosotros sin la esperanza de ver compensadas en otro mundo las iniquidades de éste.

ALFREDO CALDERÓN

## Triste excepción

Puede decirse que en la época actual, España es la única nación de Europa que no ha logrado aún desprenderse de las ideas y creencias que la tienen sometida á la reacción política y religiosa, que durante tantos siglos la viene dominando.

Todos los países en donde ha entrado la luz de la razón y en donde las ideas de progreso moral y material han ido abriéndose camino, llevando la cultura y la ilustración como medios poderosos de adelanto y bienestar, han logrado salvarse, sino del todo, de gran parte del enorme peso que para los pueblos representan las instituciones teocráticas.

Únicamente aquí, desafiando la acción del tiempo que todo lo reforma, la teocracia primitiva, con todas sus injusticias y absurdos, ha persistido y persiste triunfante, como en los tiempos más negros de la historia universal.

Y esto que aquí ocurre no es un fenómeno extraño é inexplicable; tiene una explicación muy natural y sencilla:

Es que en Europa no ha habido un país como España tan refractario á las innovaciones. Se mira aquí con horror todo lo que sea salirse de la rutina; se ríe fervoroso culto á la tradición; los hechos y las ideas de nuestros antepasados se guardan como reliquias venerandas; de antiguo se trazaron los moldes que habían de servir para modelar nuestros pensamientos, nuestras acciones y nuestra conducta en todos los casos de la vida y ante todas las contingencias, y á ellos nos ajustamos estrictamente, teniendo por demagogo, por demoleedor y por loco al que intenta salirse de ellos.

Por eso aquí, ante tal estado general de la opinión, ha fracasado toda tentativa de reforma, se han encontrado sin ambiente en que vivir todos los pensadores de más altos vuelos, y han caído las ideas de redención moral y de progreso material en terreno completamente inadecuado para su germinación.

Es cierto que por una parte el poder civil, atando las manos y amordazando las bocas y por otra el religioso nublando la razón y ahogando el pensamiento, han contribuido poderosa y eficazmente á mantener en la esclavitud por la ignorancia al pueblo; pero también es verdad que en los demás países de Europa han hecho á han pretendido hacer lo mismo esos poderes sin conseguir lograrlo, como lo han logrado en España.

¿Por qué? Pues sencillamente porque esos pueblos han sido más propensos á las reformas y las innovaciones; porque han anhelado con más afán ser libres; porque han sentido más hondo el concepto de su propia dignidad; porque han tenido más alta idea del derecho y de la justicia; y estas cualidades, ayudadas por una voluntad firme, les ha llevado á la conquista de un ideal que deben perseguir siempre los pueblos: el de regirse por sí propios en el orden político y social y emanciparse en lo moral de los errores y los absurdos.

En la actualidad, para los pueblos que dentro del continente europeo aún permanecen en un estado lastimoso de servilismo y abyección, no puede haber circunstancias que les disculpen. Toda la labor de propaganda en el orden de las ideas está hecha hace mucho tiempo; las deficiencias y los horrores del régimen teocrático las han experimentado dolorosamente en cabeza propia; los errores y los absurdos de orden moral están patentizados en mil formas; el ejemplo de otros pueblos les ha podido servir de enseñanza de cómo y en qué forma se sacude el yugo de la servidumbre, tanto en lo político como en lo religioso. Están, pues, en tan misero estado, porque quieren; porque no tienen conciencia de su propia dignidad, ni nociones de su derecho, ni confianza en su propio valer, que es lo que da fuerza y energía para recabar aquello que contra las leyes naturales y á despecho de los más rudimentarios principios de justicia universal, les tienen detentado esos poderes arbitrarios que subsisten merced á la apatía de los pueblos, que perpetuarán más y más á medida que éstos vayan bajando peldaños en la escala del decoro y la dignidad.

JOSÉ CINTORA

## FRAGMENTO

Ante unas 500 personas, entre ellas los más notables literatos de París, pronuncié Renan una sentida y elocuente oración fúnebre, el día que llevaron á la estación, para conducirle á su patria, el cadáver de Tourgueneff, el gran escritor que dió á conocer en Europa la profunda desesperación y las amarguras terribles en que han su



mergido los gobiernos del Czar á los rusos inteligentes. A aquella oración pertenecen los siguientes párrafos:

«No dejaremos partir sin un adiós el féretro en que regresa á su patria el genio huésped que durante tantos años nos fué permitido conocer y amar. Un maestro en el arte de juzgar las cosas del espíritu os dirá el secreto de esas obras excelentes que han sido la delicia de nuestro siglo. Tourgueneff fué un escritor eminente, y, sobre todo, fué un gran hombre; pero yo no os hablaré si no de su alma, tal como la sentí en ese dulce retiro que le había proporcionado entre nosotros una ilustre amistad.

Tourgueneff recibió del secreto misterioso que decide las vocaciones humanas el don noble por excelencia: nació esencialmente impersonal; su conciencia no fué la de un individuo más ó menos bien dotado por la naturaleza; fué, en cierto modo, la conciencia de un pueblo. Antes de nacer, había vivido ya millares de años; en el fondo de su corazón se concentraban sucesiones infinitas de sueños. Ningún hombre ha sido con tanta verdad la encarnación de una raza entera. En él vivía, por su boca hablaba un mundo: generaciones de antepasados perdidos en el sueño de los siglos, sin palabra, alcanzaban por él la vida y la voz.

El genio silencioso de las masas colectivas es la fuente de todas las grandes cosas; pero la masa carece de voz; no sabe sino sentir y balbucear. Necesita un intérprete, un profeta que hable en su nombre. ¿Quién revelará esos sufrimientos, negados por los interesados en no verlos, esas aspiraciones secretas que turban el optimismo beato de los que viven satisfechos? El grande hombre, señores, cuando es hombre de genio, es al mismo tiempo hombre de corazón.

Ved ahí por qué un grande hombre es el menos libre de los hombres; no hace, no dice lo que quiere. Un Dios habla en su interior; diez siglos de dolor y esperanza lo atormentan y dominan. A las veces le sucede, como al profeta de las antiguas relaciones de la Biblia, que, llamado para maldecir, bendice; según el espíritu que sopla, la lengua le obedece ó no.

El honor de esa gran raza eslava, cuya aparición en la escena del mundo es el fenómeno más inesperado de nuestro siglo, es haberse desde su principio expresado por medio de un maestro tan cabal. Nunca fueron revelados con sagacidad tan maravillosa los misterios de una conciencia oscura y todavía contradictoria. Y es que Tourgueneff sentía y se miraba sentir á la vez; era pueblo y era hombre superior.

Era sensible como una mujer é impenetrable como un anatómico, desengañado como un filósofo y tierno como un niño. ¡Dichosa la raza que, al comenzar la vida reflexiva, ha podido ser representada por imágenes tales, candidas al mismo tiempo que sabias, reales y místicas simultáneamente!

...Tourgueneff fué miembro de una raza por su manera de sentir y pintar; pero perteneció enteramente á la humanidad por una filosofía elevada, que esculdriaba con mirada firme las condiciones de la existencia humana, y trataba, sin preocupación, de alcanzar la realidad. En él esa filosofía se transformaba en dulzura, en alegría de vivir, en piedad hacia las criaturas, hacia las víctimas sobre todo.

Amaba ardientemente esta pobre humanidad, frecuentemente ciega, sin duda, pero frecuentemente también traicionada por sus jefes; aplaudía sus esfuerzos espontáneos hacia el bien y la verdad; no le censuraba sus ilusiones, no le tenía á mal que se quejase; la política de hierro que ridiculiza á los que padecen, no era la suya; ningún desengaño la turbaba.

A semejanza de lo que sucede en el universo, él hubiera comenzado mil veces la obra fracasada; sabía que la justicia puede esperar, pero que siempre se acaba por volver á ella. Poseía verdaderamente las palabras de la vida eterna, las palabras de paz, justicia, amor y libertad.

Adiós, pues, grande y querido amigo! Lo que se va á alejar de nosotros no es más que la ceniza: lo que hubo inmortal en ti, tu imagen espiritual, quedará entre nosotros. Ojalá que tu féretro sea, para los que se acerquen á besarle, prenda de unión de una misma fe en el progreso liberal!

Y cuando reposes en el seno de tu patria, ¡ojalá que cuantos saluden tu sepulcro tengan un recuerdo simpático para la tierra lejana en donde encontraste tantos corazones que supieron comprenderle y amarlo!

Consuela oír estas voces nobles y levantadas en una tierra donde los hombres inteligentes dedicados á la política, tienen que juzgar y disentir las palabras y los actos de los Silvelas, los Sagastas, los Villaverdes, los Moret, los Pidalas... Produce el efecto que produciría en medio del ruido

discordante de cien latas de petróleo golpeadas desahoradamente, la llegada á nuestros oídos, imponiéndose, de los acordes de una sinfonía escrita por un gran maestro. Y esto levanta el espíritu, porque nos hace recordar que hay para los escritores misión más alta que la de ocuparse de hombres chicos, de acciones sucias...

## EL PLACER Y LA MUERTE

Caminando ambos hacia la tierra, se encontraron en los espacios misteriosos que separan lo imaginado de lo real.

El era joven, robusto, hermoso; estaba en la fuerza de la vida, en la plenitud del vigor. Tenía los ojos llenos de promesas, la boca derramando besos, las manos pródigas de caricias, el alma poblada de ilusiones.

Ella triste, pálida, ojerosa y melancólica.

—¿Quién eres?—dijo él.

—Soy la que á todos da reposo; la que cuando es llamada llega peregrina, lenta y tardía; la que cuando temida se adelanta cruel, impaciente y despiadada. Y tú, ¿quién eres?

—Soy quien todo lo poetiza y embelece. En busca mía deja el rico sus alcázares, y por gozarme asalta el pobre los palacios. Yo hago que el deleitoso espasmo de la pordiosera y el mendigo dure lo mismo que el abrazo del Rey y de la Reina cuando están creando un príncipe.

—A mí—dijo ella—me sigue de cerca el llanto, y de lejos el olvido.

—Yo—replicó él—duro poco, y soy insaciable.

—¿Entonces eres el placer!

—¡Y tú la muerte!

—¡Esa soy! ¿Quieres que caminemos juntos?

—Sí; mas para que los hombres no desconfien de nosotros, yo marcharé delante.

Y ella repuso:

—Pues ve tranquilo, que yo eternamente te seguiré los pasos.

JACINTO OCTAVIO PICÓN

## EL CARBÓN DE PIEDRA

Uniforme y febril temperatura, ardor de la espantosa calentura de su seno fecundo! da á la Tierra una sed abrasadora, las aguas de los mares evapora y apina tantas nubes en la altura, que por siglos de siglos queda el mundo viudo de sol y huérfano de aurora. Entonces, á las grises claridades del nublado profundo se encharcan las terrestres soledades, y en sus noches sinistras y sin lunas, por la lluvia ya hidrópica los llanos, el fondo valle truécase en laguna, las simas en pantanos; y, después, de la charca pestilente, del fondo de la cienaga alveosa, bajo el cielo plomizo eternamente, como parto de monstruos, de repente surge una flora intrépida y grandiosa, revelando de savia tal hartura, vigor tan grande, brío tan intenso, que más parece un sueño de locura... ¡porque hay en su tamaño y en su hechura algo de apocalíptico y de inmenso!

Extraño césped por doquiera cunde, y no existe montaña á que no llegue, llanura que no inunde, mar que no ronde, abismo que no ciegue; disformes sigillarias, con liebreza agitan su pencho de hojas hecho, y sudando resina la corteza, el titánico helecho en los aires sus ramas despegaza, la flotante anularia acuéstase en la charca solitaria sobre los blancos cienos corrosivos, y refresca en los lagos la estigmática sus esporos lascivos. Debajo de los húmedos ramajes parásitas salvajes a los troncos se prenden, se enroscan como serpientes de esmeraldas en verdes flecos de las ramas penden, de bosque á bosque tienden en combas gigantescas sus guirnalda, y en follajes, en troncos, en verdores, el pólen de esa flora se consume... Pero en medio de tantos esplendores ni plumajes, ni flores... ¡ni un trino! ¡ni un perfume!

Mas también le llegó su último instante á esa vegetación rica y gigante.

¡Lunares atracciones sumadas con internas expansiones dejaron el planeta desgarrado, y entre chorros de pórido abrasado, de los volcanes á la inmensa hoguera, al mandato brutal del cataclismo hundiéndose para siempre en el abismo toda aquella ciclópica primavera! ¡Y esa flora magnífica, enterrada en sus propios pantanos, por los siglos después fosilizada entre los rojos suelos devonianos y las pérmicas moles, aplastada, es hoy ese carbón á quien se debe cuanto la industria á producir se atreve al realizar sus sueños delirantes! ¡Quién pone sus penachos humeantes al gigantesco siglo diecinueve!

Los tiempos pasarán, hasta que un día el hombre, con la indómita osadía que en empresas titánicas consume, descienda del planeta á lo profundo y de su tumba exhume la formidable momia de aquel mundo.

Ya ese día llegó. Fuertes, ligeros, con pie seguro, que jamás resbala, por la fangosa escala se desuelgan al antro los mineros; y entre las sombras pálidas y eternas, rasgadas por la luz de las linternas, ya el trabajo titánico emprendido, se oye de los alientos el sibido, del pico y de la azada el golpe seco, y á intervalos, á un trueno parecido, del barrenó el horrisono estampido

que se apaga botando de eco en eco. Y en tanto que esos hombres, cuyos brazos la caliza y la marga hacen pedazos, desafían del agua las traiciones, ó esperan que el «gristú» la muerte fragüe, suenan en los profundos callejones, como el hipo de un monstruo, las succiones de las gigantes bombas de desagüe. Vedlos desnudos. ¡Nunca desfallecen! El sudor moja el suelo en anchas gotas, en número y vigor los golpes crecen, las negras galerías ensordecen... y de improviso tras las peñas rotas las hullíferas capás aparecen. ¡Ahí están, esos sop, ennegrecidos, las verdes selvas, los fecundos prados, los valles escondidos, en masas de carbón transfigurados! ¡Los espléndidos bosques dilatados en su sueño de piedra sorprendidos! ¡Ya está insepulto el mago á quien se debe cuanto la industria á producir se atreve al realizar sus sueños delirantes! ¡Quién pone sus penachos humeantes al gigantesco siglo diecinueve!

El, en los altos hornos, con el hierro comparte su alta fiebre, su hondo encierro; en claridad y en humo convertido, se asoma por los bordes del tragante, y abajo, en el hogar enrojecido, aspira el poderoso resplido de la incansable máquina soplante; y del hierro, teñido de escarlata por la luz de los igneos arboles, los apretados átomos desata, y el metal en hirviente catarata se desploma, fundido, en los crisoles.

En enormes retortas encerrado, todos sus gases al arder entrega, y, ya purificado, su hidrógeno dos veces carbonado los inmensos gasómetros anega; transporta desde allí sus energías al fondo de las férreas cañerías; cruza las subterráneas soledades; si con el aire choca, lanza el trueno, y en la noche ilumina las ciudades con todas las inmensas claridades que llevaba, apagadas, en su seno.

A su calor las máquinas voltean, los émbolos comienzan sus vaivenes, las fábricas humean, y galopan, frenéticos, los trenes; se ofrece, ubicuo, en todos los lugares; guarda en la mina sus oscuras moles, fulgura en los hogares, en los arcos voltúcos miente soles, flajela con las hélices los mares, agiganta la industria cada día, crece el progreso á su ciclópico influjo... ¡Y es que en su seno guarda todavía la espantosa energía de la flora brutal que lo produjo!

G. DE CASTRO

## EL DEBER

No hay palabra que más se repita, que de tan diversas maneras se interprete, ni que mayores infamias encubra. Cumplir con el deber es la frase más vacía de sentido que hay en todos los idiomas, y, sin embargo, el hombre se queda tan satisfecho cuando la pronuncia.

Encerrar las acciones humanas en el marco de un precepto ó una máxima general, es absurdo; hay que estudiar en cada caso los móviles y circunstancias que determinan el hecho.

Se dice, por ejemplo: la mujer que se prostituye merece el desprecio de la sociedad; la madre que abandona sus hijos, no es digna de tal nombre. Y á pesar de afirmaciones tan rotundas, puede cometerse al decirlo una majadería ó una injusticia.

Una joven se deja seducir por el hombre que va á casarse con ella, y echa al mundo un hijo cuando ya la ha abandonado.

Sale de la Casa de Maternidad con el fruto de su amor, pues no ha querido llevarlo á la Inclusa, y ensaya cien ocupaciones para ganarse la subsistencia.

Intuitivamente; pues si es difícil que un niño de corta edad viva lejos de su madre días enteros, lo es más que las personas timoratas admitan en su casa á la joven que ha cometido un deslíz.

Viendo que se extenia por falta de alimento, se decide á pedir limosna; y gracias á que ve á tiempo los guardias que van á echarle mano, se libra de ir á la prevención aquella noche y ser más tarde conducida de cárcel en cárcel al pueblo de su naturaleza.

Un día auxiliada por una vecina, tan desgraciada como ella; otro comiendo las sobras de la comida de una casa donde sirve una chica de su pueblo, va tirando la infeliz, cada vez más débil y más encariñada con su hijo, hasta el día que aquellos recursos se le acaban.

El niño chupa su agotado pecho, por el que desgraciadamente no puede darle el resto de su sangre empobrecida, y llora, y cae en esa especie de sopor, heraldo de la muerte. ¡Y va á dejarlo morir, ella, su madre, que daría la vida por él!

¿Qué hacer? ¿Qué camino tomar? Después de resistirse mucho, atontada, ciega, aunque con plena conciencia de su situación, toma el del Gobierno civil, saca una cartilla de prostituta, busca con esta garantía ama para su hijo, y ejerciendo legalmente el deshonor, lo salva de la muerte.

Otra mujer queda viuda con dos hijos, uno de siete años y otro de tres, y á los ocho días de morir su marido no tiene qué comer ni qué empuñar.

Como el primer deber de toda madre es alimentar á sus hijos, se levanta an-

tes que asome el día á revolver montones de basura en las calles, y recoger trapos, papeles y cuantos residuos encuentra cotizables en la bolsa de la miseria; después friega suelos y se ocupa en todo lo que puede producirle algo.

Esta valerosa mujer, que el mundo desprecia, cae enferma y pasa al hospital, dejando sus hijos á cargo de la portera de la casa, que á los tres días los manda á pedir limosna porque no puede alimentarlos.

Cansados de vagar por las calles y de comprar golosinas con el producto de la caridad de á céntimo, se quedan los niños dormidos en el quicio de una puerta; llega la policía, los recoge, y los lleva á la prevención, de donde los trasladan al día siguiente al Hospicio.

Sale la madre del hospital antes de restablecerse, corre á su casa, pregunta por sus hijos, la portera no sabe darle razón, alguien le aconseja que acuda al Gobierno civil, y, efectivamente, allí, después de cincuenta trámites, le dicen á los ocho días dónde se encuentran.

Vuela allá, saca á sus hijos, los trae á su casa, y vuelve á trabajar con doble ahínco. Llega el invierno, y con él días sin ocupación, y por consiguiente, sin pan; los niños, tirando, recuerdan á menudo la comida que les daban en el asilo benéfico; la madre los oye, llora y reza; Dios no la escucha, y un día, desfallecida, desesperada, agarra á sus hijos y los lleva al Hospicio para que no sufran el hambre y la desnudez crónicas que á su lado les espera.

¿Cuál de estas dos mujeres, la una prostituyéndose y la otra llevando sus hijos al Hospicio, faltó á su deber?

Ninguna; confirmando así aquello de que, en ciertos momentos, el deber es una infamia.—J. N.

## UNA CAMPAÑA

«Reuno en este volúmen los artículos que he publicado en el *Figaro* durante mi campaña de un año. Sin embargo, no he dado aquí cabida á todos, porque he creído conveniente dejar á un lado las puras fantasías, los aires de flauta que tocaba entre batalla y batalla, y que reservo para otra colección. Publico solamente los artículos de polémica.

Hoy vivo retirado. Desde hace cuatro meses he abandonado la prensa, y pienso no volver á ella, aunque todavía no quiero empuñar un juramento solemne para lo futuro. Es un estado de bienestar profundo este alejamiento de la actualidad, esta calma del espíritu aplicada por entero á una obra única, sobre todo al salir del periodismo militante después de dieciséis años de lucha. Parece que reflejo ya un poco de esta calma, de esta paz sobre mis libros y sobre mi nombre, y un poco de justicia también. De seguro, cuando no se me divise ya á través de las cóleras del combate, cuando se vea simplemente en mí al trabajador encerrado en el esfuerzo solitario de su obra, la leyenda imbecil de mi orgullo y de mi crueldad habrá de desvanecerse ante los hechos.

Al dejar la crítica, he querido poner ante los ojos del público los hechos, es decir, los estudios de toda especie que he escrito desde 1865, sujeto á ese azar que preside siempre á estos trabajos periodísticos.

Estos son los únicos documentos en vista de los cuales se me podrá juzgar un día como polemista, como hombre de creencia y de combate. He recogido, pues, estos estudios y los he agrupado en volúmenes; hoy publico el último, que hace el número 7: *Mis Odios, La Novela experimental, Los Novelistas naturalistas, Documentos literarios, El Naturalismo en el teatro, Nuestros autores dramáticos, Una campaña*. Todo está aquí; no he cercenado ni una sola página, aun entre aquellas que han provocado más clamores. Si los espíritus imparciales se deciden á instruir mi proceso, la tarea resulta, pues, facilísima. No tienen más que leer y sentenciar. Las terribles piezas de ese proceso están entre sus manos: ahí tienen mis crímenes, que vienen siendo objeto de indignación ó de burla desde hace dieciséis años.

Yo tengo un orgullo, lo confieso, y es haber conservado durante dieciséis años las mismas creencias literarias, de haber hecho mi camino con toda rectitud, tratando simplemente de extender y agrandar mis horizontes. Jamás me he separado de mi norma, ni á derecha ni á izquierda. No tengo ni una línea que borrar, ni una opinión de qué arrepentirme, ni una conclusión que recoger. No se encontrará en mis siete volúmenes de crítica más que el desenvolvimiento continuo, y de día en día más acentuado, de la misma idea. El hombre que el año último, á los cuarenta y un años, publicaba los artículos de *Una campaña*, es todavía aquel que á los veinticinco escribía *Mis odios*. El método continúa siendo el mismo y el fin y la fe. No me toca á mí decidir si he dado alguna luz; pero sí puedo consignar que he querido siempre la luz por los mismos medios y sintiendo siempre la misma necesidad de verdad.

Esto se pondrá en claro un día. Yo duermo tranquilo. Como he dicho ya en otra parte, no he querido jamás ser otra cosa que el soldado más convencido de lo verdadero. Indudablemente ha podido confundirse al novelista con el crítico; se ha visto en mis estudios un alegato personal, cuando yo era mucho más modestamente el porta-estandarte de un grupo, ó mejor dicho aún, el notario que daba fe de un periódico literario. Pero, lo repito, á medida que pasen los años,

las cosas se irán poniendo en su punto. Se separará al crítico del novelista; se establecerá que aquél ha buscado la verdad apasionadamente, con ayuda de métodos científicos á menudo contra sus propias obras; se le seguirá en su evolución, aplicando las mismas fórmulas á la literatura, al arte, á la política; se le verá, en fin, obedecer al impulso del siglo, partir de la insurrección romántica para llegar al movimiento naturalista, á un deseo de orden y de tranquilidad en las letras, á un nuevo período clásico, encontrando de nuevo, sobre el terreno cada día más sólido de las ciencias, la grandeza sencilla del genio nacional.

Se me ha reprochado mi apasionamiento. Es verdad, yo soy apasionado y he debido ser injusto muchas veces. Mi defecto está aquí, en mi pasión, aunque muy lejos siempre de esas miserias que se me atribuyen. Pero, lo confieso otra vez, no cambio mi pasión por la debilidad complaciente y la miserable indiferencia de los otros. ¿No es nada, acaso, la pasión que flamea, la pasión que enciende el corazón? ¡Ah! ¡Vivir indignado, vivir rabioso contra los falsos talentos, contra las reputaciones robadas, contra la medianía universal! ¡No poder leer un periódico sin palidecer de cólera! ¡Sentir la continua é irresistible necesidad de gritar todo lo que se piensa, sobre todo cuando es uno solo en pensarlo!... He aquí cuál ha sido mi pasión, pasión que me ha hecho padecer mucho, pero á la que amo, porque si alguna cosa valgo es por ella, ¡por ella sólo!

Por otra parte, la pasión es la gran fuerza. A pesar de los errores que he podido cometer, se ha oído mi voz, porque yo estaba convencido y apasionado.

En esta ensordecedora baraundera contemporánea, he conseguido hacerme escuchar á veces. Rechazadme, discutid y negad; no por eso habré dejado de prestar á la literatura el servicio de arrancarla un momento de ese montón pesado y sofocante de la política, bajo el cual parecía ahogarse, como enterrada viva. Si yo no hubiera servido más que para esto, si no hubiera hecho más que provocar pendencias literarias, que tantas injurias me han valido; si en esta batalla logré sacar á las letras de su somnolencia, entiendo que todos los escritores, los jóvenes sobre todo, debían tener hacia mí un poco de reconocimiento.

La pasión llama á la pasión. Que nuestra lucha literaria desaparezca y veréis la masa informe de la política caer de nuevo en los periódicos aplastándolo todo...

¿Quién nos salvará de esta plaga, quién enarbolará la noble bandera de la literatura tan valientemente que la Francia llegue á olvidar esos pendones de los partidos manchados de lodo?

EMILIO ZOLA

## LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores á *EL MOTIN* á 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

## RECORTE

### LOS SENSATOS

No puede negarse que es la sensatez gran virtud, compañera de la justicia, amiga de la razón y reguladora del juicio; se opone á los arrebatos de la pasión, reviste los actos de severa prudencia y coloca constantemente la balanza en un justo término medio.

Los hombres sensatos tienen que agradecer mucho á la Divina Providencia, que los ha dotado de tan envidiable cualidad. Pero es el caso que la sensatez muchas veces no es lo que parece, y que bajo esta denominación general de personas sensatas, se ocultan con frecuencia egoísmos perniciosos, impotencias invencibles y miedos disfrazados de prudencia.

La indiferencia en política, que tan malos resultados produce; el desdén con que suelen mirarse las asociaciones para llegar á conseguir lo legal y lo útil; el apocamiento al principio de las grandes empresas; la mofa que aquí suele hacerse del que, abandonando los trillados caminos de la rutina, quiere abrir nuevos caminos á la iniciativa pública ó privada, todo esto, que constituye una serie de obstáculos tradicionales á movimientos lentos, ordenados, pero civilizadores y progresivos, nace de los que, sin serlo en realidad, se llaman hombres sensatos.

Son, por regla general, gente bien acomodada; amiga del *confort* y enemigos de todo lo que cause la más leve molestia, hacen del egoísmo un culto. Todo lo que es entusiasmo, acción y vida, les desagradan como nota altisonante que hiera sus delicados nervios; el patriotismo es para ellos patriotería; la política sólo un mercado y el político un aventurero; de libertad no hay que hablarles, porque para replicar tienen siempre preparado el mohoso chiste del morrión del miliciano y del himno de Riego, como si la libertad que ha impulsado todo lo grande, todo lo noble y todo lo



bueno de la época moderna, no fuese más que eso.

En religión son aparentemente muy católicos, apostólicos, romanos, pero no se les pida sacrificios, porque la religión no es para ellos más que una especie de guardia civil con que quieren contener a los demás. En arte, en literatura, en todo, detestan lo que se sale de los moldes vulgares; les falta pasión y son anémicos de espíritu, como lo es de temperamento todo aquél a quien le falta sangre.

Todo pensamiento noble, toda idea la miran con indiferencia. «Eso es cursi», suelen decir con frecuencia; y *cursi* es el anatema más terrible que ellos pueden lanzar contra una empresa o contra una idea.

En los Parlamentos, en los Congresos, en las asociaciones, suelen ser esos hombres el centro, el agua tibia, ni frío ni calor, una especie de limbo social donde renuncian a la gloria, por no tener ni siquiera la sombra de la pena.

Son muy aficionados a las cosas extranjeras, y desprecian por sistema las de España; pero sin tomarse la molestia de intentar reformarlas, al contrario; como puedan oponerse al que reforma, lo harán con muy buena voluntad. Tienen en todas las situaciones políticas amigos para vivir con todos; piden con frecuencia favores y sólo prodigan consejos. La sensatez, la prudencia, el orden, están siempre en su boca dispuestos a desaparecer en forma de sermón.

Lo demagógico, lo turbulento, constituye en la sociedad una enfermedad como la pulmonía, fuerte, violenta, pero de término marcado; la plaga de los falsos hombres sensatos, es como el humor que traidora é insensiblemente se filtra en la sangre y mina el organismo, causando el mal sin que se pueda averiguar la causa.

Indudablemente muchos males sociales desaparecerían combatiendo la plaga de los falsos hombres sensatos, que perjudican a la sociedad como el hipócrita y el fariseo a la religión.

## SECCIÓN AMENA

### CEREBRO DE ORO

(A UNA DAMA QUE PIDE CUENTOS ALEGRES)

Al leer vuestra carta, he tenido, señora, una especie de remordimiento. Arrepentido del color de medio luto que he dado a mis cuentos, me habia prometido ofrecerlos hoy algo alegre, locamente alegre.

Y después de todo, ¿por qué he de estar yo triste? Vivo a mil leguas de las nieblas de París, en una colina bañada de luz, en la tierra de las panderetas y del vino moscatel. En derredor mío todo es sol y música; tengo orquestas de golondrinas y orquestas de pardillos; por la mañana los chorlitos hacen ¡jurrell! ¡jurrell!; a medio día cantan las cigarras; luego oigo a los pastores tocar el pífano y a las muchachas morenas dar risotadas en las vinas... Verdaderamente el sitio no está bien escogido para echar negro en la paleta; más bien debería yo enviar a las señoras poemas de color de rosa y célicos llenos de cuentos galantes.

¡Pero no! Todavía estoy muy cerca de París. Hasta mis pinares llega todos los días el fango de sus tristezas...

En el momento en que escribo estas líneas, acabo de saber la muerte desdichada del pobre Carlos Bárbara, y todo mi molino anda desolado. ¡Adiós los chorlitos y las cigarras! Mi corazón ya no está para cosas risueñas... Esta es la razón, señora, de que en lugar del lindo cuento alegre que me habia propuesto enviaros, no podéis hoy tampoco contar más que con una leyenda melancólica.

Había una vez un hombre que tenía el cerebro de oro. Al nacer, los médicos creyeron que se malograba, porque su cabeza pesaba mucho y su cráneo era desmesurado. Vivió, sin embargo, y se desarrolló al aire libre como un hermoso pie de olivo; sólo que su gruesa cabeza seguía tirando de él y daba lástima verle toparse con los muebles cuando andaba por la casa. Muchas veces se caía. Un día rodó desde lo alto de unas gradas, y fué a dar con la frente en un escalón de mármol, sonando allí su cabeza como un lingote. Se creyó que había muerto, pero al levantarlo no se le encontró más que una ligera herida, con dos ó tres gotitas de metal cuajadas entre sus rubios cabellos. Así es como supieron los padres que el niño tenía los sesos de oro.

Túvose el caso secreto, y el pobre niño no sospechó nada. De cuando en cuando preguntaba por qué no le dejaban ya correr por delante de la casa con los chicos de la calle.

—¡Porque te robarían, prenda mía!—le respondía su madre...

Entonces le entraba al chico mucho miedo de que lo robaran, y se volvía a jugar solo, sin decir una palabra, arrastrándose pesadamente de una habitación a otra.

Hasta los dieciocho años no le revelaron sus padres el don monstruoso con que le hubo favorecido el destino; y como le habían criado y educado hasta aquella edad, le pidieron en recompensa un poco de su oro. El muchacho no vaciló; en el mismo instante (no dice la leyenda cómo y por qué medios), se arrancó del cráneo un pedazo de oro macizo del tamaño de una nuez, y se lo echó orgullosamente a su madre en el regazo... A poco, deslumbrado con las riquezas que llevaba en la cabeza, poseído de locos deseos, embriagado con su poder, abandonó la casa paterna y se fue por el mundo despilfarrando su tesoro.

Por la regia existencia que llevaba, y por el modo con que iba derramando el oro sin llevar cuenta alguna, se hubiera dicho que su cerebro era ingotable... Y, sin embargo, se iba agotando, y bien se advertía cómo se le apagaba la mirada, y cómo se le hundían las mejillas. Por fin una mañana, después de una desenfrenada orgia, el desdichado, que se había quedado solo entre los restos del festín y las lámparas que palidecían, e asustado de la enorme brecha que había abierto a en su lingote. Era tiempo de detenerse.

Desde aquel día emprendió nueva vida. El hombre del cerebro de oro se fué a vivir retirado, con el trabajo de sus manos, receloso y tímido como un avaro, huyendo de las tentaciones y procurando olvidarse de aquellas fatales riquezas a que ya no quería tocar... Por desgracia le había seguido un amigo suyo a su retiro, y aquel amigo conocía su secreto.

Una noche se despertó el pobre hombre sobresaltado con un espantoso dolor en la cabeza; saltó de la cama como fuera de sí, y a la luz de la luna vió a su amigo que huía escondiendo una cosa debajo de la capa... ¡Otro pedazo de cerebro que le quitaban!

Al poco tiempo, el hombre del cerebro de oro se enamoró, y esta vez se acabó todo... Amaba con toda su alma a una rubita que también le quería mucho, pero que prefería los adornos, las plumas blancas, y las lindas bellotas bronceadas que golpeaban sus botitas.

Entre las manos de esta monísima criatura, medio pájaro, medio muñeca, las partículas de oro se derretían que era un primer. A ella todo se le antojaba y él no sabía negarle nada; por temor de disgustarla, le ocultó hasta lo último el triste secreto de su fortuna.

—¿Conque somos muy ricos?—decía ella.

Y el pobre hombre respondía:—¡Oh, sí... muy ricos!, mirando con amorosa sonrisa al pajarito azul que se le iba comiendo el cráneo inocentemente.

Algunas veces, sin embargo, se apoderaba de él el miedo, le daban tentaciones de ser avaro; pero entonces la mujercita se le acercaba a saltitos y le decía:

—Maridito mío; ya que eres tan rico, cómprame alguna cosa muy cara...

Y él le compraba algo de mucho precio.

Aquello duró como unos dos años. Al cabo una mañana se murió la mujer, sin saberse la enfermedad, como un pajarito... El tesoro tocaba a su fin; con lo que le quedaba, el viudo mandó hacer a su amada difunta un hermoso entierro. Doblar de campanas, magníficas carrozas entuladas, caballos empenachados, lágrimas de plata sobre el terciopelo, nada le pareció demasiado. ¿Qué le importaba ya su tesoro?... Dió para la iglesia, para los enterradores, para los vendedores de siemprevivas: repartió el oro por todas partes, sin regatear... Así que al salir del cementerio no le quedaba casi nada de aquel cerebro maravilloso; sólo algunas partículas en las prudes del cráneo.

Entonces se le vió andar por las calles con aire extraviado y las manos extendidas hacia adelante, tropezando como un borracho. Por la noche, a la hora en que iluminan los bazares, se detuvo delante de un gran escaparate en que las luces hacían resplandecer un caos de telas y de joyas, y se quedó allí largo rato mirando dos botitas de salen azul forradas de plumón de cisne.

—Bien sé yo a quién le gustarían mucho estas botitas, pensaba sonriendo, sin acordarse ya de que su mujer había muerto. Y entró a comprarlas. Desde el fondo de la trastienda, la vendedora oyó un grito; vino corriendo, y retrocedió de miedo al ver a un hombre de pie, que se reclinaba en el mostrador y la miraba tristemente con aspecto atontado. En una mano tenía las botitas azules con ribetes de plumón de cisne, y alargaba la otra mano ensangrentada con limaduras de oro en las puntas de las uñas.

Tal es, señora, la leyenda del hombre del cerebro de oro.

A pesar de su aspecto de cuento fantástico, esta leyenda es verdadera desde el principio hasta el fin. Hay por esos mundos algunos infelices, condenados a vivir de su cerebro y a pagar en finísimo oro, con su médula y con su substancia, las cosas más insignificantes de la vida. Para ellos cada día es un nuevo dolor; y luego, cuando están hartos de sufrir...

ALFONSO DAUDET

## A ESOS QUE VENDEN

Se me ocurren una porción de cosas contra los que, después de tantas bravatas, amainaron al ver foscas a esos otros que dicen que nos gobiernan.

Mas como no pueden defenderse, agnardo para decirles a que pasen estas ridículas circunstancias; aparte de que no quiero confundirme con los ministeriales que dan lanzadas al moro muerto.

Sólo he de anticiparles algo, a cuenta:

Para ir a alguna parte, es preciso no mirar tanto como ellos miran al interés propio. Y cuando se escupe tanto por el colmillo, no debe caerse tan cobardemente como ellos han caído.

Y he dicho por hoy; felicitándome de no haber animado, ni aplaudido, ni menos secundado a los que han demostrado a toda España, al final de su algarada, lo que ya yo sabía y he dicho varias veces, a saber: que sirven...

Para vender.

## PSICOLOGÍA

DE LAS NECESIDADES NUTRITIVAS

Debemos ocuparnos de las necesidades nutritivas como hechos de conciencia, apreciando su energía en cada raza, y notando por algunos rasgos característicos el modo de expresión de estas necesidades y el grado de placer que se experimenta al satisfacerlas.

Con respecto a la energía de los apetitos nutritivos, los hombres difieren grandemente. En general la vida digestiva tiene tanto más lugar cuando la civilización es más grosera, pues entonces no solamente es más enérgica la necesidad animal, sino que también se ve menos saciada.

En efecto, en la trama de todo ser viviente hay un incesante trabajo de oxidación que gasta, molécula a molécula, los elementos anatómicos. En el seno de los tejidos organizados se efectúa sin descanso un cambio de materiales que es la esencia misma de la vida. Sin cesar las moléculas averiadas son expulsadas y al punto las reemplazan nuevas moléculas. En las plantas y los animales inferiores este perpetuo movi-

miento de demolición y de reedificación se opera inconscientemente, pero no ocurre lo mismo en el hombre y en el animal superior. Aquí la mecánica molecular de la nutrición despierta en los centros nerviosos un eco consciente: el sentimiento de la saciedad ó el del hambre.

Para la mayor parte de los civilizados, el hambre del animal salvaje, el hambre rugiente, es poco ó nada conocida. Se conoce sólo su agradable precursor, el apetito. Pero es muy diferente en el hombre primitivo cuya despensa hállase, por lo común, muy mal provista.

La vida del salvaje, sobre todo del salvaje que no es aún pastor ni agricultor, dista bastante de la del repleto burgués cuyos tejidos están sobrecargados de otros tejidos adiposos, de reservas alimenticias. Se ingenia el burgués, á menudo sin éxito, en despertar el simple apetito, sentándose varias veces al día con mecánica regularidad en una mesa demasiado bien servida.

La comida del salvaje depende de mil azares. La naturaleza le sirve muy inexactamente; en este género de vida tan vecino aún del animal, el hombre come cuando puede y como puede, compensando en lo posible las horas y los días de hambre con las horas de glotonería. Aquí la gran cuestión es saber cómo se comerá; este es su más constante cuidado. Todas las fuerzas de la inteligencia naciente son absorbidas por la busca, con frecuencia infructuosa, del cotidiano alimento. Para casi todo lo demás el pensamiento duerme, y lo que domina en la vida de la conciencia es el vientre hambriento. Hay necesidad de comer casi siempre, de comer enormemente, y el placer que se experimenta dando satisfacción a la necesidad famélica, es enorme.

C. LETOURNEAU

## YO, AUTOR DRAMÁTICO

(CONFIDENCIAS INESPERADAS)

Se equivocaría quien imaginase que nací moralizando curas, combatiendo jefes y reventando carlistas. Hubo un tiempo, (no mejor por ido) en que me dediqué al arte (?) surtiendo de *buñuelos* á varios coliseos de a perro chico: sesenta y tantos *frei*, y *refrei*, vendiendo algunos, judas de mi propio talento á tres duros, como el degollado durante cincuenta noches consecutivas en La Infantil bajo el apropiado título: *Un abuso de confiansa*; poniéndose otros más de cien veces seguidas en Capellanes, entre ellos el célebre *Alca pili* y los titulados *Ojo al Cristo!*, *Dios, patria y Rey*; *Milagro, milagro!* Y dice el sexto mandamiento, *Esclavos libres*, y otros peores aún, á *quince* reales por crimen (léase representación), amén de los muchos enajenados en Martín á onza cada uno, (se hablaba de onzas todavía) y de los colocados en Variedades y Esclava, todos sin mi nombre, que reservaba para más altas y después no acometidas empresas.

Pero dejándome de vanidades mundanas, referiré un incidente de mi vida de autor, interesante por las personas que en él figuraron.

En 1874 saqué un drama en un acto y en verso del episodio *El boticario del Padrón*. Lo enjarté en un par de noches (versificaba entonces con facilidad deplorable), lo llevé á Capellanes, y se estrenó el 2 de Mayo.

A la quinta ó sexta representación el empresario, un don Juan no sé cuántos, francés, entró por casualidad en la sala; iba un poco *curda* (esto no por casualidad) y al ver envenenados á tantos compatriotas suyos, sintió vibrar en su pecho la *cuerda* del patriotismo, y ordenó chapurradamente que no volviera á representarse en su teatro *El primer aniversario* (así se llamaba el dramita). Inconvenientes de que los extranjeros estén al frente de las grandes empresas en España.

Esta medida autocrática desniveló mi presupuesto por unos días, y me obligó á archivar la obra.

Hallábame una noche del mes de Octubre del mismo año en el café del Pasaje de Murga, con Pedro Bofill, Sánchez Ramón, y Salvador de Salvador, cuando entró Alarcón, amigo de los tres. Venía á hacer tiempo mientras llegaba Sagasta al Ministerio.

Al presentarme á él, díjole Salvador: «Este joven (¡ay, que lejos está ya esto!) ha hecho un drama de tu episodio *El boticario del Padrón*...» ¿En verso?—Sí.—¿Quiere usted recitarme algo? Lo hice de la manera deplorable que suelo, y á pesar de esto le agradó lo que recité.

A las doce salió para el Ministerio, y á la una estaba de vuelta en el café. Se había despertado en él, nos dijo, la nostalgia del tranochoamiento, y quería que pasáramos juntos la noche.

Pidíome que recitase más versos, después él recitó varios suyos, Salvador lo mismo, y á eso de las tres de la mañana, enfrascados en literatura, dimos con nuestros cuerpos en una buñolería de la calle de los Leones, que creo no existe ya; tomamos buñuelos regulares, bebimos aguardiente muy malo, y ya de día, pero antes que el rubicundo *Apolo etéreo*, etc., nos encaminamos muy despacio á la casa de Alarcón en la calle de Átocha, parándonos muchas veces para oír al maestro versos tan hermosos como artísticamente dichos.

Noche fué aquella de impercederos recuerdos para mí, y la última probablemente

que el autor de *El sombrero de tres picos* pasó fuera de su casa charlando de literatura á cafés y buñolerías con tres amigos y desconocido.

Despedíme de él: «Esta noche á las ocho lo espero á usted con el drama.» No se quería excusarme.

Al llegar á la casa había aumentado mucho mi confianza en Alarcón encontrando un literato *à la mode* corriente para Capellanes!

Desmentiré al que suponga que la marcada no subía yo las escaleras de Alarcón drama en mesa, y la primera es repitió algunas, y tuve un varonil entusiasmo al oírle recitar. Este acto de nación esto que el boticario, á los franceses:

«Al pasar yo el otro día por la plaza, estaba un hombre hablando de España en nombre, y de esta suerte decía: «En donde el honor comienza, todo acaba; y el honor hoy se funda en el valor: la guerra ó la vergüenza. Tener, pues, es necesario por bandera el sacrificio, el batirse por oficio, y la patria por salario.»—¡Basta!

—¿Son muchos? Mejor: así mataremos más. Son valientes ad-más? Pues verán lo que es valor. Si el mundo juzga imposible resistir á ese torrente, decidid al mundo que miente, porque España es invencible. —¡Basta ya!

—¿Queréis ejemplos? De héroes ante la historia! Y en sus páginas de gloria que son de la patria templos, vereis millones de altares alzados al heroísmo, y santos del patriotismo á millares de millares. —¡Basta, basta!

—A combatir sin pararse á descansar; la misión de hoy es luchar, la de mañana morir. Y antes, pueblo, que sucumbas da cima á hechos tan grandiosos, que tus padres, orgullosos, te aplaudan desde sus tumbas. —¡Por Cristo!

—Y si no te arredras, verás que el triunfo se alcanza, si no con fusil, con lanza; si no con palos, con piedras.»

Terminada la lectura, Alarcón me dijo que el drama se pondría en el Español... Me eché á temblar. ¡Representarse allí una obra escrita por Capellanes, y estrenada ya! Por conjurar la tormenta, le rogué que me lo diese para corregir algunas faltas de dicción; ofreci llevárselo muy pronto, y, efectivamente, no lo hice.

A los dos meses y pico ocurrió lo de Sagunto. Alarcón se metió en política de firme, y yo continué confeccionando buñuelos, hasta que arribé á *El Globo*, con 20 duros de sueldo. ¡Y cuál no sería mi sorpresa al ver entrar á los pocos días á Pepe Navarrete con Alarcón, y oír á éste que venía á felicitarme por la publicación del artículo *La Pobreza*, el mejor, añadió, que se había escrito desde *Figaro* hasta entonces!

Querido y respetado amigo! Era tan indulgente con los que empezaban, como mal profeta. Meses antes, cuando ataqué á Campoamor para darme á conocer, me había escrito: «El acero de su pluma de usted es de tal temple, que dejará honda huella en nuestra literatura.» ¡Ay de mí! ¡ni literatura, ni huella, ni temple!

Han corrido los años (estilo de novela por entregas) y estamos en 1879.

Después de crearme un nombre modesto había salido de *El Globo*, y encontrábame mal de todo, hasta de salud... Un día de esos en que no se sabe qué hacer, tropecé revolviendo papeles con el drama de autos y me lo eché al bolsillo. ¿Con qué objeto? Hoy mismo lo ignoro, porque aquellas cuartillas cosidas carecían de valor real.

En la calle del Príncipe encontré á Marcos Zapata, y ¿qué llevas ahí?—me preguntó.—Nada, un dramilla...—A ver.—Lo hojeé, chocólo y me dijo:—Chico, vamos á leerlo. Y entramos en el café esquina á la calle de la Visitación.

Al acabar exclamó:—¡Hay que ponerlo.—Se tarda tanto!—¿Quieres cuartos? Ahora mismo te bajo 2.000 reales de casa de Hidalgo. Me sonreí y no le contesté. Lo conocía. Siempre fuera de la realidad.

Llegamos á la calle de Sevilla.—Oye tú, Paco—le dije á Echagüe que estaba á la puerta del Suizo—no sabes qué drama ha hecho éste. Dáselo que lo lea.

La tarde siguiente me dijo Echagüe:—Antonio, que si quiere usted que lo ponga en su beneficio. (Antonio era Vico, á quien yo no saludaba desde el estreno de *Maldades que son justicias*, de Sellés.) Volví á temblar como en casa de Alarcón, y por idénticas razones; mas pensando en otras de orden económico, me resigné con mi afortunada desgracia, y cerrando los ojos, respondí:—¡Bueno!

A los tres ó cuatro días fuí con Navarro Gonzalvo á casa de Físcovich, que me adelantó 4.000 reales á cuenta de los derechos de representación. ¡Cuatro mil reales! Un sueño realizado. El editor hizo mal negocio aquel día.

Al siguiente de estrenado (por segunda vez) el drama, supe que no había gustado. Por caridad los españoles, como el empresario francés por patriotismo, no vieron con buenos ojos que el boticario envenenase tantos invasores... ¡Eran realmente muchos muertos para un solo acto! Alarcón, que estaba en un palco, no conformándose con el fallo del público, aplaudió á rabiar,

Imprimí la obra, única que corre por ahí con mi nombre; las demás no se imprimieron, si se exceptúa *Alca pili* que lleva mi segundo nombre y mi segundo apellido: Tomás Pérez. En los carteles figuraron con los seudónimos Sebastián Ochoa, Eugenio Saavedra y José Cabo, nombre éste de un sobriño mío que por aquella época tendría 5 ó 6 años.

Y he aquí, casi en estilo de inventario, un incidente de mi vida de autor dramático, que relato para que los jóvenes, escarmenando en mi ejemplo, se abstengan de hacer obras malas y huyan de las malas compañías. ¡Porque cuidado si fueron malas, sin excepción, las que representaron mis obras! Casi tan malas como éstas.

JOSÉ NAKENS

Después de escrito este artículo, he impreso tres piezas de las citadas en él, mas que por creer las con mérito literario, para probar que he luchado en el teatro por lo mismo que incuso en el periódico. Y siento no haber conservado todas las de ese género, porque las habría impreso también.

## Acuarela triste

Imbert me entusiasma, tanto como entusiasmó al jurado que le ha absuelto. Le asustaba de un árbol á querido, cuando de ciruelas, donde trepó en busca de ciruelas.

Le mataron por eso, por el infeliz niño aneció colgado en el bosque de Montaña, allí mismo donde se ve hoy una cruz, una fecha y una corona siempre fresca... Cuando lo descolgó de la monstruosa cuerda, observó Louis Imbert que su hijo tenía aún una ciruela en la boca...

Después, ¿cuántos trabajos pasó para descubrir al asesino! Y al encontrarlo una noche en pleno bosque cayó sobre él, y lo mató á patadas, fracturándole el cráneo con los tacones de las botas.

«Cuando le vi muerto, puse á su lado una vela encendida. Porque no quería yo que los carres le pasasen por encima.»

Presidente.—No tenía usted el derecho de hacerse justicia por su mano. ¿Siente usted haber cometido el crimen?

Imbert.—No. Antes de matarlo, no podía dormir. Ahora que lo he matado, duermo tranquilo.

¡Hermoso! ¡Hermoso! Hé ahí un aldeano más dramático que los genios de Ibsen y Strindberg.

LUIS BONAFoux

## Cosas Literarias y Artísticas

LITERATURA ANDRÓGINA

Y tal es el carácter de la literatura que priva en este fin de siglo por tantos conceptos deplorable. Ahí están sus representantes, los que imponen el gusto y están de moda, vestidos con ropajes arlequinescos, haciendo contorsiones con el lenguaje, buscando sensaciones raras y extrañas, aplicando el *sadismo* á la Verdad y á la Belleza, cual si con éstas, siempre puras y siempre jóvenes, ya no se pudieran lograr frutos sanos y naturales; descubriendo el medio de pensar con un cerebro desmontado y sin tornillos; inventando cada día una nueva doctrina de Arte al que á puro de procurarles padres no se le halla ninguno que quiera reconocer la progenitura como suya. Ahí están y se llaman con toda suerte de nombres que viven en el espacio de una mañana: *estetas*, *simbolistas*, *místicos*, *decadentistas*, familia numerosa de degenerados que pueden reducirse á una especie única, á la de escritores sin sexo.

De ahí que todas las producciones más admiradas y leídas en estos últimos tiempos, adolezcan del mismo mal, de la falta de virilidad, sin la que no hubo jamás, ni habrá una literatura que dure, que caracterice una época, que represente un adelanto de la humanidad, que sintetice una civilización.

De ahí la indecisión filosófica, moral, social, estética, que se advierte en tales obras, y la serie de tanteos, probaturas, altos en los caminos emprendidos, regresión á formas y moldes enteramente muertos, enamoramientos de ideales que, ni aun galvanizados, pueden subsistir.

De ahí el carácter de desesperación, los tonos de amargura, las tendencias suicidas en el alma y en el cuerpo que rebosan todos esos frutos podridos de una literatura de agotados, de enfermos, de desequilibrados, que aborrecen la vida y proclaman la bancarrota de la ciencia, y niegan el progreso, y se refugian en el nihilismo más desconsolador y más infecundo.

De ahí un D'Annunzio, que después de haber cantado en sus primeras poesías la alegría de vivir, el goce de morder en los frutos más tiernos, proclama el *nirvana* universal para la especie y para el individuo en su *Triunfo de la Muerte*.

Y la aparición de todo un género literario recomendado en los púlpitos y en los confesionarios como la última palabra de lo que puede alcanzar por gracia especial divina el ingenio humano, representado en la novísima obra de Huysmans, *La Catedral*, nata y flor del misticismo, quinta esencia de la traducción de lo sobrenatural en el Arte.

Y Huysmans, un trapense, conquistase la admiración y el entusiasmo, no de las almas sencillas que buscan consuelo en un ideal supraterráneo, sino de los espíritus corrompidos, ahitos de carne, que buscan en manjares nuevos la satisfacción de sus paladares estragados.

El buen tono está en eso, en hallar al pro-



pio tiempo el colmo de la belleza en un esteta como D'Annunzio, que describe todos los horrores de la liviandad, y en un monje como Huysmans, que destierra el amor del planeta...

El sexo, que es lo que más vale en arte, como en ciencia, como en política, está completamente perdido en esta literatura andrógina.

Ahí los tenéis. Coged una obra de madame Severine y otra de Maurice Barrés, y decidme luego en cuál de ellas descubrí al varón y en cuál a la hembra. Más que eso, porque a poco que os fijéis en una y en otra producción, tendréis que reconocer que todos los atributos de la virilidad están en la obra, en el artículo, en el cuento firmado por mujer, en tanto que todas las cualidades finas y delicadas del producto femenino se hallan en el artículo y en la novela y en el cuento por hombre firmados.

De esa lamentable confusión y hasta inversión de los sexos nace el que la literatura que domina, la que da el tono por ahí fuera, tenga por lema común el *andros*, hombre, y el *gyné*, mujer, y el que sus representantes más esclarecidos se hayan bautizado con el bizarro título de *estetas*, que inventó aquel famoso Oscar Wilde, condenado a trabajos penosos en un presidio de Inglaterra, porque ese no se limitaba a teorizar las abominaciones contra naturaleza, sino que las practicaba.

De todos ellos es el representante perfecto, acabado, típico, uno de los personajes mejor trazados en *Paris*, la novela de Zola, aquel *Hyacinthe*, que predica y hasta ejerce el odio a la mujer, saca de todas las imperfecciones é impurezas, monstruo de la Humanidad, sin cuya destrucción no se podrá llegar a la de la tierra, ya convertida en inhabitable.

Y como el sexo no inspira las obras de arte, no hay, no puede haber la comunión de las dos mitades de la Humanidad, el culto santo y augusto del amor por el cual viven y existen todas las fuerzas del Universo; del amor que engendró las obras más grandes, más puras, más bellas, más heroicas, más justas, más sublimes de la historia; del amor que canta la Naturaleza con la sana alegría de la juventud y de la primavera eterna de la vida; del amor por el cual los primeros maestros del arte, los griegos, hicieron iguales a los hombres y a los dioses...

Al lado de esta falta de sexo que caracteriza a los escritores en moda, a los estetas que pasan y arrojan a la turba de necios y degenerados que hacen su reputación, dirijamos la vista a la generación de grandes, sólidos, robustos, fuertes, viriles literatos que serán los únicos que quedarán por siempre en los anales del siglo que declina.

Comparemos los acentos varoniles que sonaban en todo el planeta como trompetazos que llamaban al juicio final a pueblos y soberanos de un Víctor Hugo, con las producciones mustias apenas nacidas de la literatura andrógina que priva.

Comparemos el alma de varón que transpira de la pluma de un Zola, en *La Terre*, en *Germinal*, en *La Débâcle*, en *Les Trois Villes*, *Lourdes*, *Rome*, *Paris*, y la labor fecunda de buey que ara surcos profundos en la conciencia de la humanidad, con las mucas y contorsiones de literatos que realizan la doctrina de Darwin al revés.

Y luego, un varón es Reclús, el sabio geógrafo, el ilustre hombre de ciencia que aplica a las sociedades las leyes de la Naturaleza, y les enseña a gobiernos y pueblos su camino de perdición por no ajustarse a aquellos preceptos de eterna verdad y justicia.

Varón también un Tolstoi, a pesar de sus misticismos, que no son flores de trazo, como las de los que le pretenden imitar, sino frutos maduros de un cerebro extraordinario y de un alma buena que practica la caridad cristiana como en los primeros y únicos tiempos en que era una doctrina y una moral salvadora.

Si en la teoría y en la escuela naturalista hubo desviaciones al *dandismo* del arte como los hermanos Goncourt, en el resto, en un Maupassant ó en un Zola, hubo siempre la raza viril, sana y entera, hija directa de aquellos colosos de la literatura que se llamaron Flaubert y Balzac.

Y esa literatura andrógina florece y hace prosélitos y extravía a la juventud y corrompe a las nuevas generaciones, en el preciso momento en que muere de una estocada, como en los grandes tiempos de la caballería andante, un Cavallotti literato con sexo, que por tenerlo había destronado a Crispi y enseñaba a su pueblo el camino de la redención en la democracia y por la República.

Lejos estamos de eso, porque Cavallotti parece un escritor y un artista de otros tiempos, un Armando Carrel que resucita y vuelve a hundirse en la tumba por no ver lo que triunfa, los diputados de la belleza, la literatura andrógina, incapaz de engendrar por el arte una nueva civilización.

Arte sin sexo es lo que da de sí este fin de siglo, en que es moda abominar de los principios de la revolución que engendró en su edad temprana la hermosa, desinteresada, noble literatura romántica, y dió vida en su madurez a la potente, viril literatura naturalista. Arte sin sexo, por donde se camina a la muerte de la Belleza, que jamás fué hija de Onán y siempre tuvo en Venus su madre natural. Arte sin sexo, que sólo puede parar en el claustro, en la Trapa, como un Huysmans. Arte sin sexo, que va a hacer estéril este final de siglo por tantos conceptos abominables. Semejante literatura sólo puede dar como finalidad, la suerte que cupo a un Oscar Wilde, condenado a trabajos forzados. Ese es un símbolo de la literatura andrógina...

LUI MOROTE

## El viejo vagabundo

(TRADUCIDO DE BERANGER)

Muramos en esta zanja. Estoy enfermo, cansado y viejo. Los caminantes dirán al verme:—¡Un borracho!— Tanto mejor: de este modo, ni aun lástima a nadie causo. Unos vuelven la cabeza, otros me arrojan dos cuartos. Dáos prisa; corred, señores: la fiesta espera... ¡Insensatos, puede el viejo vagabundo morir sin vuestros cuidados!

Si, yo muero de vejez. ¿Quién dijo que de hambre? Es falso. Esperé que un hospital fuera de mi angustia bálsamo, pero todos están llenos: ¡el pueblo es tan desdichado!... Fué mi nodriza la calle, y sobre el duro regazo, cuando lo ablandó mi sueño, hallé a mis penas descanso. ¡Al sol, viejo vagabundo! ¡Donde naciste, muramos!

Me acerqué en mi juventud y dije a los artesanos:—Enseñadme vuestro oficio. —Vete a mendigar; trabajo no tenemos. —Pues ¡trabaja!— dicen los ricos. —Sobrado tengo yo con vuestras sobras. Los huesos voy apurando que arrojáis, y hago mi lecho, pues tira paja el caballo. ¡Y este viejo vagabundo ni aun os maldice, insensatos!

Puede robar; pero ¿no vale más tender la mano? La fruta que al borde cuelga del camino, la habré hurtado alguna vez... ¡Veinte veces en calabozos mal sanos estuve, por esta causa, de orden del rey encerrado! De este modo se me roba mi único bien: aire y rayos de sol. Viejo vagabundo, de todo soy despojado.

Por ventura, ¿tiene el pobre patria? Decid: vuestros granos, vuestros viñedos, y aun vuestros oradores congregados, ¿qué me importan? Cuando ciego el extranjero irritado cebaba en vuestros hogares —cobardemente guardados— su furia, yo derramaba, como un bobo, acerbo llanto. ¡Y él, al viejo vagabundo le daba pan y descanso!

¿Qué! ¿Me aplastáis como a insecto nacido para hacer daño solamente? No, debisteis darme instrucción, y amparado contra vientos enemigos, fuera una hormiga el gusano. Instruido, en bien de todos trabajara, y aun amado fraternalmente os hubiera con el cariño más santo. Pero, viejo vagabundo, muero enemigo y no hermano.

MICROFILO

## ¿Aumenta la locura?

El ilustre Lombroso pregunta en una revista francesa: «¿Somos hoy más locos que ayer?», demostrando que la forma de la locura cambia a compás de los progresos de la civilización.

Voy a extractar su luminoso trabajo, que merece ser conocido.

El carácter diferencial entre la locura en los primitivos pueblos y el que reviste en las sociedades modernas, es que entre aquellos el loco era objeto de culto casi religioso, y hoy esos desdichados sólo nos inspiran conmiseración y pena; se les consideraba antes como inspirados, como videntes; se les tiene hoy como enfermos.

«El loco en los pueblos bárbaros, escribe, no tiene importancia clínica, sino papel histórico; es temido y adorado por las masas, y en muchas ocasiones empuña el cetro. En la India, algunos locos son queridos y consultados por los brahmanes y gran número de sectas presentan síntomas de enagenación mental. Entre los hebreos muchos locos son tenidos por profetas. Sus descendientes entre los árabes y egipcios modernos obedecen a los *medjubi* y a los convulsionarios, y los berberiscos aceptan sus palabras como revelaciones y se dejan apalar por los locos. Los turcos los llaman hijos de Dios. En China los taoístas consultan a los locos como a los oráculos. Los negros creen que están poseídos del fétiche sagrado; los patrones y los peruanos consultaban a profetas epilépticos. Por último, en Oceanía se ha descubierto la existencia de locos adorados y consultados por el pueblo, exactamente lo mismo que en Europa en la Edad Media.»

La verdadera característica de la locura en la antigüedad, es su propagación con carácter epidémico. Lombroso en este punto, al igual que cuantos se han ocupado de hipnotismo y psiquiatría, reconoce la gran influencia de una de las leyes sociológicas más originales y comprobables: la de la imitación, cuya gran importancia ha sido por el sociólogo Tarde puesta de relieve con una originalidad extrema. «Hemos visto que la locura—escribe Lombroso—en los pueblos bárbaros, reviste a veces forma epidémica. Lo hemos visto en los negros salvajes de Juidah, en los abipones, en los abisinios, en las epidemias tan análogas a la *tarántola*, llamada *tigretier*. Por eso en la Grecia antigua se habla de una locura epidémica entre los abderitanos, producida por la lectura de una tragedia; otro ejemplo de locura erótico-religiosa se observó en las Thyadas, adoratrices de Baco, que había en Atenas y Roma, ávidas de lujuria y de sauge, poseídas de furor sagrado; pero cuando más se observan estos ejemplos de contagio es en la Edad Media, en la que las epidemias mentales se sucedían incesantemente. La primera manifestación de esta tendencia de la locura a tomar una forma epidémica, fué la veneración hacia los individuos de ella atacados. El segundo móvil, no menos importante, fué el instinto de imitación. Tribus salvajes obedecen al unísono, lo mismo que los monjes, a los gestos de sus oradores; la imitación se observa en los homicidios y suicidios, en las convulsiones y bostezos, en la tendencia de las muchedumbres a aplaudir lo que habían condenado poco antes. Briere de Boismont habla de la locura de los samoyedos llamada *ime rach*, que los conduce a imitar todos los ademanes y palabras de sus compañeros. Los doctores Bayle y Gangeron han tenido el valor de declarar que en la imitación, más que en las influencias diabólicas, residía la causa de la terrible *demonopatía* que dominaba en sus tiempos.»

Las epidemias mentales en los conventos de monjas han sido muy frecuentes: ejemplos las monjas de Cambrai desde 1491 a 1494, las de Uvertet en 1550, las de Kintorp en 1552, las del convento de Nazareth, en Colonia, en 1560, las de Santa Brígida en 1613, las Ursulinas en Londres, en 1632, y otras muchas más que cita el doctor Calmeil en su libro *La Folie*.

Son también un caso de locura propagada por contagio, muchos fenómenos de divulgación de los principios religiosos. La ilusión de los milenarios, ¿no es un fenómeno de enagenación mental? Y las visiones sobrenaturales de los macabros, la creencia en los aquelarres y conciliábulo de las brujas y los ensueños de los alquimistas ¿qué otra cosa son?

En resumen—concluye Lombroso—la civilización favorece materialmente el incremento de los locos; pero al debilitar la fuerza de imitación en las masas y la veneración a los locos, suprime la locura epidémica, no permite que el loco se convierta en un jefe religioso ó político, no transforma ya una enfermedad en un acontecimiento histórico, y de esta suerte ejerce en los pueblos una influencia tan favorable como en las formas de la locura.

El número de locos aumenta en razón del mayor número de motivos que tienden a sobreexcitar las pasiones del individuo, es decir, las influencias morales. Los obstáculos que presenta la sociedad en que se vive, y el alcoholismo. Por fortuna la influencia de los locos sobre la sociedad, no nos amenaza con el peligro de la locura epidémica.

DOCTOR E. B.

## OBRAS NUEVAS

### DIOS PATRIA Y REV

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

### IOJO AL CRISTO

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

### Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Precio de cada uno: 1 peseta.—Para los suscriptores a EL MOTIN, 50 céntimos.

## UN INFIERNO

Un redactor de un periódico inglés, el *Pearson's*, ha visitado Widnes y Santa Elena, los dos principales centros de fabricación del producto químico llamado *alcali* que existen en Inglaterra, y como consecuencia de esta visita ha publicado una reseña en la que se hallan algunos datos dignos de ser conocidos.

Las poblaciones mencionadas se hallan continuamente envenenadas de ácido sulfúrico, originándose de ahí enfermedades inflamatorias de los pulmones y las entrañas, que hacen estragos hasta en la población alejada de las fábricas. La vegetación sufre igualmente la acción del gas pernicioso, en términos tales, que ni árboles ni cultivos tienen vida en los alrededores de las tristes viviendas. Dado este cuadro, juzgad lo

que debe ser de los obreros que manipulan las primeras materias!

Desde luego se presentan los *toca campanas*, hombres viejos a lo mejor de su juventud, cuya misión se limita a romper con un martillo el mineral sulfuroso. Trabajando a destajo algunos llegan a gañar de 16 a 25 francos a la semana, pero la mayoría de ellos no ganan más que 10 francos.

Tras éstos vienen los que fabrican el *panal de sal* por medio de la mezcla de vitriolo y sal común calentada, desprendiéndose de esta composición el ácido clorhídrico en estado gaseoso. Los obreros encargados de este trabajo pierden todos sus dientes en menos de un año. Escuchad lo que decía uno de ellos:

«Mi dentadura ha desaparecido. He trabajado en los *panales de sal* durante 18 años. Ganaba 30 francos por semana trabajando a destajo, pero para llegar a esta cifra era preciso trabajar los domingos. Sin esto no hubiera ganado 25 francos. Durante ocho horas al día estoy ante el horno, bañado de sudor, revolviendo la sal con una barra de hierro que pesa 55 libras. El calor es tan intenso que el sudor se desprende sin cesar. Para secarlo tengo dos trapos, y mientras me sirvo del uno el otro se seca. Nunca siento apetito, porque el gas me debilita. Si me detuviese un poco trabajando, sería despedido. No existe aquí ningún hombre de mi edad. Todos han muerto ó están en el depósito de mendicidad. Actualmente sólo puedo nutrirme de pan y huevos. Mi estómago no acepta ningún alimento sólido, y para conservar un poco de fuerza no me queda otro recurso que beber.»

Como se habrá notado, en este obrador no se trabajan más que ocho horas, pero hay que advertir que, según la opinión de algunos peritos, se hace en ocho horas el trabajo de doce. En Santa Elena, un obrero que hacía 20 años que trabajaba en una casa, fué despedido por presentarse una hora después de la señalada.

Los *marqueros* cargan la cal y la llevan a unos recipientes donde se mezcla con el cloro. Este trabajo dura siete horas de día ó catorce de noche. Dichos obreros tienen constantemente tapada la boca por un aparato de tela para prevenir en cuanto sea posible la inhalación de sustancias tóxicas. Como se comprende, esta precaución no impide que estos desgraciados respiren más ó menos lentamente los venenos esparcidos en el aire, originándose por consiguiente la enfermedad mortal que á veces deja al obrero completamente inútil para el trabajo, yendo a morir en un hospital. Cuando no es así, cae muerto de repente en el obrador. *El gas les ha agarrado*, dicen filosóficamente allí cuando ocurre uno de estos casos.

La acción corrosiva del gas es tal, que los vestidos se descomponen bien pronto en pedazos. Los ojos están preservados por grandes anteojos, y las piernas y el bajo vientre por envolturas de trapos. Las quemaduras del vitriolo son accidentes frecuentes.

Los hombres encargados de este trabajo no viven más allá de 45 a 50 años. No contamos los que mueren de accidentes, puesto que todos los días ocurre alguno. La lista de las enfermedades también resultaría larga. Basta decir que por regla general todos los órganos están atacados al mismo tiempo. Además, la incuria aumenta el mal. En el invierno, por los muros mal cubiertos del taller, penetra el aire glacial que hiere a los obreros de las calderas. «Durante el trabajo, decía uno de ellos, tengo la mitad del cuerpo en el infierno y la otra en el Polo Norte.» La higiene es letra muerta para esa gente. Nunca sienten apetito. En cambio tienen siempre sed, y beben desmesuradamente.

El escritor que nos suministra estos datos cuenta que en el hospital había un enfermo que bebía habitualmente 72 litros de cerveza por semana. Un médico citó esta cifra enorme a un obrero de Widnes, el cual se puso a reír. «¿72 litros por semana?, dijo. No me bastarían a mí. Yo necesito de 10 a 15 litros por día.»

El escritor inglés termina su artículo diciendo que «estos condenados del infierno social demuestran claramente la realidad de la prosperidad de Inglaterra.»

## El teatro y la vida

«En los dominios del arte dramático no hay moral ni inmoralidad. El arte dramático no es escuela de justicia, ni de bondad, ni de piedad. No ha sido hecho para vengar a los humildes ni para enderezar entuertos. Se cuida sólo de la belleza y por la belleza purifica. No optaría por ninguno entre Capuletos y Montescos. No muere Macbeth porque deba ser castigado, pues todos los hombres mueren y todos debieran sufrir castigo por haber vivido; muere porque el exceso de vida le hace la vida imposible, y

porque la impetuosa circulación de su sangre, en su ambicioso vértigo, exige una apoteosis sangrienta. Es absurdo suponer que Tristán é Isolda mueren uno en brazos del otro para que quede vengada la moral ultrajada, la amistad violada, la nevegación interrumpida. Mueren, porque su pasión, que todo lo destruye, y sigue creciendo siempre, no encuentra ya más que destruir, como no sea a ellos mismos.

El arte dramático ni embellece ni afea la vida. La exhibe tal como puede ser, tal como es, á veces impulsada por la pasión, cruel y dulce, acariadora ó desgarradora; cuando, desembarazada de la «roña intermediaria» aparece con su mirada clarividente en toda su armonía y todo su esplendor. Llamo «roña intermediaria» á todo aquello que la costumbre, la timidez, el apocamiento, los prejuicios, la tontería, la fatuidad y la ignorancia, todos los diminutos de la existencia, sustraen á la existencia de nobleza, de heroísmo y de vigor.

El arte dramático no debe decir al pueblo más que lo que dice constantemente á todos los hombres:—Enorgullecete, yérguete, sé independiente y ten esperanza. El hombre se libra del hambre, de la sed, de la miseria, de la desgracia, si tiene la firme voluntad de librarse de ellas.

«Y qué espectáculo más hermoso para el pueblo que el de enseñarle que todo es posible, que cualquier hombre vale tanto como otro, si sabe transformarse y utilizarse por la pasión, volver los ojos á lo porvenir! ¡qué espectáculo más hermoso que el de enseñarle al través de las brumas del destino la faz radiante de la esperanza!»

LEÓN DAUDET

## Buenos sentimientos

Una señora de Boston ha hecho á un mono de su propiedad un suntuoso entierro, que ha atraído millares de curiosos.

Peppo, que este era el nombre que daban al animal difunto, frecuentaba la mejor sociedad, así en Boston durante el invierno, como en las ciudades donde se va á tomar aguas, ó en las playas durante el verano. Acompañaba á su dueña en todos sus viajes. Era un mono amable y bien educado, que tenía graciously la mano á sus amigos y poseía excelentes modales.

Había nacido en Nueva York y tenía unos diez años de edad cuando murió. Su dueña le ha hecho amortajar en un ataúd forrado de raso blanco en su interior y cubierto por fuera de terciopelo azul. Las ropas con que se vistió al cadáver, eran de raso blanco. Un empresario de pompas fúnebres había previamente embalsamado á Peppo.

En la parte superior del ataúd veíase una plancha de plata en la que se leía simplemente este nombre: «Peppo». Los montones de coronas y flores enviadas por los amigos del mono, cubrían por completo el ataúd.

En el momento de depositar el cadáver en su tumba, todos los concurrentes tenían marcada en el rostro la más profunda tristeza, y algunos llegaron á derramar lágrimas.

La dueña del Peppo está desconsolada, y ha resuelto elevar un monumento sobre la tumba de su querido mono.

Como todas las señoras ricas tuvieran tan excelentes sentimientos como esa, sería una delicia... ser mono.

## SONETO

Oigo decir á muchos cortesanos:

«Tal oficina tiene tres mil reales,

pero vale diez mil y muy cabales.»

¡Válgame Dios! ¿y azotan á gitanos?

Aquestos son rateros chavacanos,

que pillan una capa, unos pañales,

un borrico, una mula; y sus caudales

no llegan á seis cuartos segovianos.

Reconocer los montes es quimera;

que no son ermitaños los ladrones,

ni en los jarales buscan su carrera.

Haga aquí la justicia inquisiciones,

y verá que la corte es madriguera,

donde están anidados á montones.

DIEGO DE TORRES Y VILLARROEL

## NUEVA EDICIÓN

CELEBRE CONFERENCIA

DE

M. LEON TAXIL

DADA EN EL SALÓN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA

DE PARÍS

Precio: 25 céntimos.—Para los suscriptores de EL MOTIN, 15.

## Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á EL MOTIN

CRISTO EN EL VATICANO, por Victor Hugo. LOS REYES CON MONTE, por «El Motin». CON LÁMINAS. LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, discurso del obispo Sirostmayr. JUANA LA PAPA, por Julio Fernández Mateo. LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id. MONTE SECRETO, ó INSTRUCCIONES reservadas de los jesuitas. LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por un presbítero.

MADRID—IMPRENTA, ENCARNACIÓN, 4.